



## Feminismo con forceps o la tesis del 40 por 100 de mujeres

DECÍA el latín que *natura est semper consona*. Y hemos de preguntarnos si resulta lógico —así se ha propuesto recientemente en España por el Partido Socialista— que se promueva una modificación de la ley electoral, con objeto de que en cualquier elección se obligue a los partidos, coaliciones y agrupaciones de electores a incluir en sus listas un 40 por 100 de elegibles que sean mujeres. Falta por precisar si la propuesta obligará a que ese 40 por 100 figure al comienzo de cada lista, en cuyo caso podrá lograrse el objetivo de hacer desaparecer a los hombres de las instituciones representativas...

El cáustico Voltaire decía hace dos siglos que las mujeres en ninguna república tuvieron parte en el gobierno y que no han reinado nunca en los imperios electivos, aunque a continuación dulcificara su postura, para señalar que sin embargo sí han reinado en muchas monarquías hereditarias de Europa, sin que se supiera bien el porqué de una ley sálica que, hacia atrás, hubiera impedido a grandes figuras de la política —como Isabel la Católica, Elisabeth en Gran Bretaña o María Teresa de Hungría— ejercer el mando y guiar los destinos de sus respectivos países.

No falta todavía hoy, y a pesar del largo recorrido ya andado en favor de una imprescindible igualdad de derechos, quien quiere echar sobre la inteligencia o las capacidades de la mujer el velo con que en algunas partes de Oriente se tapa el rostro de las musulmanas.

Frente a ello sólo dos o tres reflexiones. De un lado, que el escaño carece de sexo. En segundo término, que puede que aún sigan siendo necesarias en España algunas discriminaciones positivas, que suban el papel histórico de las mujeres. En tercer lugar, que es infinitamente más racional pedir a las mujeres la reforma de las leyes que pedir a las leyes la reforma de las mujeres. Además, el exceso o la reiteración en el solicitar pueden llegar a irritar, o a

hacer dudar de las intenciones de la petición: recordando a la «Cunegunda» del *Cándido* (que, tantas veces como la ocasión se presentaba, quedaba indefectiblemente violada), Ortega decía que si viéramos llegar a nosotros una mujer, convulso el aliento, las greñas al aire y clamando que ha sido violada en el vecino monte, propenderíamos a creerla, pero, si la escena se repite metódicamente, comenzamos a sospechar de su virtud.

Así, la propuesta nos parece inadecuada en sí misma; inoportuna porque puede desviar la atención política de cuestiones mucho más graves y urgentes; e incluso dudamos de su constitucionalidad: en primer lugar, porque no cumple con los requisitos que habitualmente se imponen a las discriminaciones positivas (esencialmente, la proporcionalidad: creemos que es del todo desproporcionada, y que carece de auténtica justificación), y además porque limita muchas capacidades protegidas por el Texto de 1978. Podría llegar a pensarse que la medida es contraria a ese imperativo constitucional que exige a los partidos una estructura y un funcionamiento interno democráticos.

Estamos en el centenario del 98. Y en el fin de siglo pasado fue celeberrimo el eslogan de *escuela y dispensa*, que aún sigue teniendo validez regeneracionista cuando se acerca el fin no de la centuria, sino del milenio. Pues bien, el problema que suscita la propuesta comentada sólo tiene lógica cabida en un proceso de cambio cultural o educativo profundo. No creemos que haya que hacer feminismo con forceps legislativo.

N. PS.

## Clásicos para nuestro tiempo

SUELE darse en los ambientes progres y hasta un tanto sesudos la peregrina idea de que «lo clásico» merece un tratamiento entre exquisito y minoritario, aunque se defiendan, a la vez, teorías sobre el derecho del pueblo a gozar de lo mejor. Así, es frecuente asistir a montajes dramáticos de un Lope, de un Calderón o de un Moratín que, en su evidente sutileza, jamás serán apreciados, porque aburrirán, por públicos habituados al producto televisivo cotidiano. Son el caldo de cultivo donde crecen las pasiones burguesas en cuanto tales, y toda la parafernalia de las ambiciones malsanas de una sociedad opulenta descubre en esos espectáculos la misma razón para sentirse diferente y superior. Bueno será que tal saga prosiga, pero sin esperar que la cultura popular se expanda mediante su insistencia. Maná para los de siempre.

Pero reivindicamos la oportunidad de montajes casi populistas, como ese de *El hombre de la Mancha*, que llena cada día el Teatro Lope de Vega capitalino, amable conjugación de un texto antológico con una sabiduría teatral en el montaje y en el musical fuera de toda sospecha. Y se escribe «conjugación» y no solamente «conjunción» porque lo que consigue el espectáculo producido por el ambicioso Ramírez es que se ponga manos a la obra de conjugar una realidad total, desde el punto de vista lingüístico, hasta que el público entra por tales vericuetos, los comprende, se sabe parte de los mismos, y hasta es capaz de descubrir lo actual en lo pretérito con una asombrosa facilidad. Estamos ante una forma pedagógica en la que se enseña mediante el goce de los sentidos como vía de conocimiento. Y jugamos con el *glamour* de Paloma San Basilio y José Sacristán, a la altura de los grandes del musical yanqui.

¿Merece menos respeto el montaje de un *Hamlet* por Tamayo que este *Hombre de la Mancha* comentado? No se dice tal cosa. Puede que Tamayo consiga realizar reflexiones de mayor alcance eidético, pero quiere indicarse,

con toda rotundidad, que el pueblo conecta mucho más con el musical en torno a la obra de un Miguel de Cervantes encarnado por Sacristán, y casi nunca accederá al clásico en su versión más seria, más estricta y más intelectual. Por esta razón, insistimos en la trascendencia de seguir adelante con espectáculos como éste, que sería grave error despreciar desde las torres de marfil de los entendidos de siempre.

Se saluda, con acento, a estos clásicos para nuestro tiempo, tan posmoderno él. Más adelante, Dios dirá.

P. de P.

## Ocasionalidad de las víctimas

CUANDO la tregua propuesta por el grupo terrorista ETA domina el espacio político y mediático, con las elecciones vascas en el siempre misterioso horizonte, resulta que, de pronto, los partidos «de tirada nacional» y muy especialmente el mismo Gobierno español sienten la comezón de las víctimas del aludido terrorismo. Se reúnen con ellas, les dan explicaciones, les prometen un trato exquisito, se conmueven con su dolor y se conmueven con sus traumatizadas pasiones y sentimientos. Un espectáculo de profunda humanidad y de alta sabiduría sociopolítica, si no fuera por el olor a podrido que todo esto tiene. Que lo tiene.

Las víctimas del terrorismo etarra, sobre todo, han ido de acá para allá, casi como las Madres de la Plaza de Mayo argentinas, intentando ser escuchadas, atendidas y ayudadas. Buenas palabras, rostros acongojados y poco más. Se estaba estudiando su caso en las altas esferas, dada su complejidad y la urgencia de evitar todo agravio comparativo. Los políticos, tan ocupados con los asesinos, no tenían casi tiempo para las víctimas de unos canallas emblemáticos, aunque ahora aparezcan como los pacificadores de la situación (que también no deja de ser paradójico).

Pero, precisamente por esta razón de la pacificación, resulta que quienes están al margen del nacionalismo vasco (y demás nacionalismos españoles, puesto que se dan en el contexto español), necesitan algún elemento de choque frente a la banda terrorista, que aparece aducida como estandarte del futuro, como los príncipes de la nueva situación. Entonces, hete aquí que se cita a las víctimas del terrorismo de forma oficial, se les muestra por televisión, se les lanzan palabras desconocidas hasta ahora, como si constituyeran un conjunto capaz de contraponer a estos tipos etarras y batasuneros que se exhiben en lugares públicos y encienden calurosos aplausos. Hace un rato, las víctimas eran casi silenciadas, pero ahora, ante

una tregua que descoloca, se utiliza la ocasión para mostrarlas como signo y señal de quienes defienden la ciudadanía y respetan el orden establecido.

Al patetismo de este enjuague poco noble por lo que encierra de oportunismo, se une un convencimiento profundo: cuando la tregua se haga paz definitiva y los asesinos discurran tranquilamente por nuestro suelo, como acaba por suceder siempre, las víctimas serán olvidadas y ofrecidas en el altar del «compromiso histórico». Comenzarán a molestar. Y lo que fuera ocasión se hará tiempo pretérito que se abandona en el camino. Yo, de ellas, tomaría buena nota de cuanto está sucediendo...

P. de P.